

11. Amor al acontecimiento de Jesucristo y amor al hermano según el mandamiento del Padre

por Julián Carrón*

Don Giussani señala los dos factores fundamentales de este «*ser para el mundo*» de los cristianos: «El primer factor es el amor al acontecimiento de Jesucristo como única motivación verdadera de toda tentativa y de toda presencia: “Llevamos este tesoro en vasijas de barro, para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros”». Y el segundo es «el amor al hermano según el mandamiento del Padre. En su relación con los hombres con los que se encuentra, la comunidad se rige por una ley: darse al prójimo para liberarlo de toda indignidad y hacerlo capaz de esperar únicamente en la salvación que viene de Dios. La historicidad de la realidad cristiana, que realiza su misión en el mundo, ha de actualizarse en todos los aspectos de la existencia cotidiana. [...] Ahora bien, en nuestro tiempo no se puede ser eco de esta presencia y lugar de este encuentro y de esta liberación profunda del mal y de la limitación si no es *compartiendo* incansablemente la situación de necesidad en que se halla el hombre; en efecto, el verdadero trasfondo de toda necesidad es un clamor (la mayoría de las veces inconsciente) al Dios que se ha hecho hombre como nosotros para arrancarnos del poder de nuestro mal»¹.

Concluye don Giussani: «La razón profunda de todos nuestros gestos de presencia en la sociedad y en el mundo es el conocimiento del poder de Jesucristo; pero esta motivación única y singularísima solo se hace evidente testimoniando una auténtica pasión por el hombre que acepte plenamente la situación concreta en que este se encuentra y que, por consiguiente, esté dispuesta a asumir cualquier riesgo y sacrificio»². [...] Hemos recorrido el gran camino que Dios ha tenido que dibujar en el tiempo –desde la elección de Abrahán hasta la llegada de Cristo, pasando por las continuas caídas de su pueblo– para generar el «sí» de Pedro. Este «ser para» que nace del «sí» de Pedro se describe de forma eficaz y persuasiva en la *Carta a Diogneto*. Imaginemos la Iglesia de los primeros siglos, que comienza a caminar en el vasto imperio romano. «Los cristianos no se distinguen de los demás hombres ni por el lugar en que viven ni por su lenguaje ni por sus costumbres. [...] Viven en ciudades griegas y bárbaras, según les cupo en suerte, siguen las costumbres de los habitantes del país, tanto en »

* Del cuadernillo de los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación 2016.

© 2016 Fraternità di Comunione e Liberazione para los textos de J. Carrón «Con amor eterno te amé, tuve piedad de tu nada».

» el vestir como en todo su estilo de vida y, sin embargo, dan muestras de un tenor de vida admirable y, a juicio de todos, increíble. [...] Por decirlo en pocas palabras, los cristianos son en el mundo lo que el alma es en el cuerpo. El alma, en efecto, se halla esparcida por todos los miembros del cuerpo; así también los cristianos se encuentran dispersos por todas las ciudades del mundo»³.

Los cristianos, como hemos visto en *Por qué la Iglesia*, tenían la conciencia viva de ser, en el contexto del imperio romano, no por mérito propio y sin pretensión alguna de hegemonía, el signo que hacía presente la novedad de Cristo en el mundo.

¹ L. Giussani en H.U. von Balthasar, *El compromiso del cristiano en el mundo*, Encuentro, Madrid 1978, pp. 175-177.

² *Ibidem*, p. 177.

³ *Carta a Diogneto*, V, VI. El texto griego se encuentra en *PG II*, col. 1174-1176.